

El pensamiento español: Estado de la cuestión¹

José Luis ABELLÁN

Universidad Complutense de Madrid

Recibido: 18/12/2009
Aprobado: 23/12/2009

El lugar de España en el mundo

Los cambios que se han producido en España en los últimos cincuenta años nos han llevado a hablar de “proceso de normalización”, y es evidente que aunque nos hemos fijado de forma preferente en los cambios en el interior del país, esto no puede dejar de afectar a la posición de España en el mundo. Es hora, pues, de que tratemos este asunto.

Evidentemente España ha obtenido un crédito que no tenía en los años de la dictadura franquista. Hoy estamos plenamente integrados en Europa, hemos alcanzado niveles de desarrollo equiparables a países que están en la vanguardia del progreso y nuestros *standards* son equivalentes a los existentes en las democracias avanzadas.

¹ El presente texto es la transcripción de dos conferencias que pronunció el Dr. José Luis Abellán en el ciclo sobre *El Pensamiento Español Actual*, que tuvo lugar los días 15 y 17 de Diciembre de 2009 en la Fundación Juan March.

Este nivel no se ha alcanzado con facilidad; ha exigido esfuerzos y energía, pero, sobre todo, ha exigido un cambio radical en la mentalidad tradicional. En los años ochenta hablaba yo de una “desespañolización” de España, y esto es en realidad lo que ha ocurrido. Había que dar la espalda a la España de la Inquisición y de los autos de fe; aquella cuyo paradigma situaba Menéndez Pelayo en tres grandes focos “luz de Roma”, “cruz de Trento” y “espada de Lepanto”. Por eso hemos insistido a la hora de hacer nuestras investigaciones en la *razón crítica* frente a la exaltación nacionalista y hagiográfica de inspiración menéndezpelagiana.

Es necesario, pues, volver a la “España de las tres religiones”, es decir, aquella en que convivían en buena armonía cristianos, moros y judíos; sobre ese sincretismo de culturas se basó nuestra grandeza, pues supimos apropiarnos de lo mejor de cada una de ellas y hacer una especie de síntesis superior. Esa fue la hazaña que llevó a la constitución histórica de nuestro país y por lo que ha sido grande en el mundo. Esa fue también la España que se llevó a América y que dio lugar a lo que hoy es una gran civilización a la altura de las más grandes del planeta: la civilización ibérica junto a la anglosajona, la islámica, la china o la india. Esto es lo que yo he llamado “bloques geoculturales”, y que van a ser los protagonistas de la “globalización” que avanza de forma imparable. La drástica ampliación del G-20, que hemos visto en los últimos tiempos, es una muestra de dicho proceso; los mismos movimientos de anti-globalización, tan extendidos en todo el planeta, van a ser paulatinamente absorbidos por esa ola omnipresente. Así lo que empezó siendo una globalización financiera al servicio de las multinacionales, tendrá que acabar reconvirtiendo sus postulados y poniéndolos al servicio de la humanidad. En eso consiste la crisis cuyos coletazos todavía vivimos.

España está siendo uno de los países privilegiados y protagonistas, aunque con frecuencia sus dirigentes –cegados por el corto plazo– no pueden verlo. Hay que adecuar la vista al largo plazo y tomar en consideración la posición estratégica de nuestro país: periferia de Europa y antesala de Iberoamérica. Tenemos, pues, la misión de ejercer de bisagra, y ese es nuestro porvenir ineluctable.

El triunfo de un cristianismo imperante y excluyente, nos llevó a expulsar a judíos y a moriscos, provocando el aislamiento y la incomunicación que se ha mantenido durante siglos, pero el paso del tiempo nos obliga a revisar esas premisas. Es curioso que la apertura a Europa se haya producido justamente cuando en el continente se han empezado a revisar los postulados nacionalistas que han prevalecido durante siglos. Hoy, después de las dos Guerras Mundiales del siglo XX, nadie duda de que el único porvenir posible para Europa es su unidad económica, política y social, y en esto fue pionero precisamente un español. En su libro *La rebelión de las masas*, Ortega y Gasset denuncia la decadencia de Europa, y propone como única solución posible la constitución de los Estados Unidos de Europa; desgraciadamente esa propuesta se hizo cuando todavía no se habían producido la guerra civil española ni la II Guerra Mundial. Después de dichas catástrofes, el camino estaba expedito; en 1957 se firma el Tratado de Roma, y comienza el proceso de lo que hoy llamamos Unión Europea. España tuvo que esperar todavía treinta años más para firmar el Tratado de adhesión, pues la dictadura franquista se convirtió en un obstáculo insuperable, de forma que hasta 1986 no se pudo materializar dicha firma. Quizá esa espera hizo todavía más sólida y entusiasta la entrada de España en la entonces llamada Comunidad Europea, aunque la verdad es que ya desde finales del siglo XX Joaquín Costa había empezado a hablar de la “europeización” de España, y entrado el XX Ortega y Gasset predicaba la necesidad de adquirir hábitos y modos mentales europeos. Como dijimos antes, el gran filósofo no se limitó sólo a eso, sino que defendió la idea de una Unión Europea para salvar

el continente del proceso de fragmentación y desintegración que se había apoderado de él, como reflejaban las dos guerras mundiales producidas en los cincuenta primeros años del siglo XX. En España quizá los siglos de aislamiento habían reconcentrado las energías para romper las barreras de la incomunicación y la juventud se mostró entusiasta con la nueva apertura. Hoy España participa de forma real en los organismos europeos –en algunas ocasiones en su más alto nivel– y comparte su vida política en las representaciones institucionales correspondientes. Y esto tiene mucho que ver con lo que decíamos en la anterior conferencia, pues también hay una reivindicación creciente para romper el viejo prejuicio según el cual España era un país atrasado desde el punto de vista filosófico; como creo que ha quedado demostrado de modo fehaciente y de hecho evidente desde principios del siglo XX, “pensar en español” es posible.

Este giro copernicano de la España actual va a tener una especial repercusión en América Latina, pues en los tiempos del interculturalismo que hemos empezado a vivir, España con la práctica del “mestizaje” en el Nuevo Mundo aparece como una adelantada de los nuevos planteamientos. Y hemos de recordar que esa es la España que se forjó durante la Edad Media con la convivencia de árabes, cristianos y judíos, aunque luego se le diese la espalda en los siglos modernos con la práctica de la llamada “tíbetización” por Ortega y Gasset. Hoy estamos recuperando en la Península esa España perdida, que, por otro lado, nunca dejó de estar vigente en la América española. En América no sólo se practicó el cruce biológico de razas y etnias, sino que hubo un auténtico intercambio de pautas y valores culturales, originando un “mestizaje cultural” de extraordinaria significación. Manifestaciones como la poesía afroantillana, la novela gauchesca, el ciclo novelístico de la revolución mexicana, la lisura limeña, el muralismo mexicano, la arquitectura azteca, el realismo mágico..., son todas ellas expresivas del valor cultural del mestizaje y el sincretismo; es decir, del interculturalismo, que ahora vuelve impuesto por la “globalización” a través de movimientos migratorios que van a traer profundos cambios de todos los órdenes. Sin duda algo de esto ha debido intuir nuestro Presidente de Gobierno cuando habla de Alianza de Civilizaciones.

El hecho es que América Latina ha cambiado sustancialmente en los últimos años, como demuestran los índices demográficos y económicos, según los datos ofrecidos por el eurobarómetro. Este relativo bienestar ha despertado las apetencias de cambio y de mejora en grandes sectores de la población, promoviendo emigraciones masivas, principalmente a España y a Estados Unidos. Es un fenómeno digno de un estudio sociológico detenido, que no podemos realizar aquí, pero que debe tenerse muy presente a la hora de abordar los grandes cambios traídos por la “globalización”. Los inmigrantes envían remesas de divisas a los países de origen, contribuyendo a su desarrollo, pero sobre todo a aligerar el problema del desempleo. Por lo demás, estas poblaciones emigradas alteran la composición étnica de las naciones de acogida, contribuyendo a implementar cambios sociológicos e ideológicos, que modifican a su vez las identidades culturales. El multiculturalismo se ha instalado en las nuevas sociedades creadas a partir de estos fenómenos, proyectándose hacia pautas de conducta y nuevos estilos de vida y poniendo en entredicho tradiciones nacionales muy arraigadas. Los “*wasps*” (blanco, anglosajón, protestante), ya no son el eje constitutivo de la identidad cultural norteamericana, pero tampoco lo es en España el prototipo tradicional (católico, autoritario, conservador) de la esencia nacional.

Es un hecho que el mundo está cambiando, pero quizá en América Latina más que en ninguna otra parte. A ello pueden contribuir sin duda las Cumbres Iberoamericanas que vienen celebrándose desde 1991, año en que se inauguraron en Guadalajara (México). Se trata de un proyecto para contribuir a la consolidación y fortalecimiento de la solidaridad

entre los países miembros de la comunidad iberoamericana de naciones que hablan español y portugués. Las reuniones han sido anuales, aunque es probable que esa periodicidad se revise a partir de ahora. La reunión que tuvo lugar en Salamanca en 2005 supuso un salto cualitativo al aprobarse la creación de una Secretaría General Iberoamericana (SEGIB), que recayó en el prestigioso intelectual y economista Enrique Iglesias. Aún así, las Cumbres tienen serios problemas derivados de sus planteamientos iniciales: se atribuye a España un excesivo protagonismo, dando por supuesto que se utilizan como un instrumento de la política exterior española. Esta acusación no es del todo justa, pues, dando por supuesto que la iniciativa ha sido sobre todo española, no es menos cierto que España es un vínculo con la Unión Europea que beneficia a su vez a las relaciones exteriores de los países americanos. En la medida que la Unión Europea intenta establecer estrategias coordinadas a nivel internacional y aumentar su influencia política, no cabe duda que mantener relaciones privilegiadas con los países iberoamericanos, constituye un tema de interés común. A este fin se creó en su día la ALC-UE, con reuniones bienales en las que se tratan temas de interés conjunto. La próxima cumbre transoceánica tendrá lugar en España en 2010, durante la presidencia española de la Unión Europea. Es un buen momento para interrelacionar los dos organismos y convertirlos en un referente internacional para los procesos integradores de la “globalización” y afrontar problemas de máxima importancia: migraciones, cambio climático, derechos humanos, problemas de pobreza y exclusión social...

Una cuestión de primerísima envergadura en relación con las Cumbres es también su escasa visibilidad desde el punto de vista social; los ciudadanos no las conocen ni se sienten interesados, y esto sin duda por el hecho de estar constituidas por altos mandatarios de la política. Al haberse tomado conciencia de ello, se han iniciado una línea de actuación para implicar a las sociedades civiles o a organismos que las representan, como organizaciones empresariales o asociaciones cívico-culturales. La Fundación Carolina en España ha iniciado con buen pie este tipo de gestiones desde 2001, intensificando e incrementando su labor desde 2005.

En estos momentos de cambio es fundamental que América Latina resuelva de una vez por todas los muchos conflictos fronterizos que deterioran las relaciones bilaterales y, en definitiva, perjudican a la política continental. Cuestiones limítrofes por ejemplo entre Chile, Bolivia y Perú; problemas irresueltos de carácter diplomático entre Venezuela, Colombia y Ecuador, que han provocado recientemente enfrentamientos muy duros. Todos ellos son problemas que deben ser resueltos en un mundo que camina hacia la “globalización” y donde América Latina debe jugar un papel cada vez más decisivo. Un punto de apoyo que puede constituir una palanca de acción importante con vistas al futuro latinoamericano está en prestar atención a la próxima celebración del Bicentenario de la Independencia americana, mediante una reflexión conjunta. Esto obliga a poner la vista en el programa común que ya elaboró la Constitución de Cádiz en 1812, cuando se expresaba así: “La Nación española es la reunión de los españoles de ambos hemisferios”. Es evidente que el tiempo ha pasado desde entonces, y hoy ya no podemos hablar de una nación con carácter excluyente. Hoy las naciones son plurales –incluyentes– y no se definen con caracteres esencialistas (raza, lengua, religión), sino operativos (comunidad, inmigraciones, mestizajes, alianzas). Desde esta óptica, nada más negativo que caer en visiones “nacionalistas” (del tipo que sean) que obstaculizan acuerdos con perspectiva de futuro. La “globalización” es el horizonte desde el cual hoy debe América Latina debe pensarse a sí misma y cualquier otra orientación no puede interpretarse más que como obstruccionismo hacia el futuro. Así lo reconoce el expresidente de Uruguay, Julio María Sanguinetti, con palabras muy oportunas, cuando se refiere a las profundas dubitaciones que acompañan al

proceso de crecimiento económico: ¿Estado empresario o Estado administrador?, ¿política abierta a la inversión foránea o cerrazón ante todo lo exterior?, ¿cooperación u hostilidad en el sistema financiero internacional?, ¿economías abiertas o espacios cerrados por el proteccionismo?, ¿un desarrollo integrado en el mundo global o una retórica de la dependencia y del tercermundismo?.

Estas dudas son las que impiden embarcarse a muchos países en el proceso mundial de desarrollo, y constituyen advertencias muy necesarias que es necesario eliminar para constituir una América Latina poderosa y floreciente. Están, por otro lado, muy en la línea de los que hablan de la necesidad de una “segunda independencia” para esta nueva América.

Muchos son los que cuestionan incluso la denominación de América Latina –dominada por las clases criollas tradicionales, puesto que en la nueva América adquieren inusitado protagonismo los pueblos indígenas secularmente marginados. Desde este punto de vista, tenemos que resaltar el valor del modelo brasileño como país latinoamericano por excelencia.

Con los datos que tenemos en la mano, podemos afirmar un posible liderazgo brasileño en el conjunto latinoamericano, hasta el punto de que se ha propuesto su presencia en el Consejo de Seguridad de la ONU. En el año 2003, los economistas del grupo Goldman Sachs señalaron a Brasil, junto con Rusia, la India y China (grupo BRIC), como los dominantes de la economía mundial hacia 2030. El hecho es que, bajo la dirección de Luiz Inácio Lula da Silva, Brasil está creciendo y desarrollándose a un ritmo acelerado. Su potencial en el mundo de la empresa minera –con el hierro a la cabeza– y su desarrollo del sector agroindustrial, unido al encuentro de nuevos yacimientos de petróleo y de gas, convierten al país en una vigorosa reserva de materias primas con pocos paralelos en el resto del mundo. Un experto en los estudios latinoamericanos, muy prudente en sus juicios, hace la siguiente afirmación:

“El progreso de Brasil durante los últimos 15 años se ha basado en un paciente desarrollo de consensos democráticos y ésta es la razón por la que parece sostenible. El crecimiento brasileño, a diferencia del venezolano, se basa más en la inversión privada que en el gasto público. Al contrario que Argentina, Brasil no está permitiendo que la inflación ponga en peligro la estabilidad económica. Con sus múltiples defectos, en muchos sentidos. Brasil está comenzando a comportarse como un país serio”.

Me parece que la prudencia de este informante es excesiva. Según datos de la asesoría McKinsey entre 2000 y 2005, 40 millones de personas se sumaron a las clases medias, elevando de forma muy notable su bienestar social y económico, al mismo tiempo que supone un índice muy alto de estabilidad económica y social para el país, amenazado tradicionalmente por la pobreza.

El a su vez tradicional alejamiento del resto de los países de su entorno también se está corrigiendo, al imponer, en el sistema educativo, el español como segundo idioma. Por otro lado, en la Península ibérica, España y Portugal, que siempre se dieron la espalda, están embarcados en la Unión Europea con un proyecto común y compartido. No cabe duda, que esto también influye en las relaciones trasatlánticas y que todos debemos aprender de Brasil como modelo latinoamericano de integración social y cultural.

La España del “mestizaje” a que antes aludíamos puede tener aquí renovado protagonismo, al revalidar el interculturalismo que fue su plataforma de despegue en los siglos medios, reinventando un nuevo sincretismo cultural, donde actúe como “bisagra” con la nueva Europa unida. Así España podrá recuperar un lugar en el mundo como lo tuvo en los viejos tiempos del Renacimiento, asegurándose un puesto de primer orden y acorde con su vieja tradición humanista.

Madrid, 18.abril. 2009

El pensamiento español: reflejo del proceso de normalización

Hace ahora –justamente en este de 2009– treinta años que se publicaron los primeros tomos de mi *Historia crítica del pensamiento español*, una importante innovación historiográfica respecto de la habitual tradición hagiográfica que se había impuesto en la disciplina. Esa tradición hagiográfica había impulsado los avances que habían supuesto para la investigación las aportaciones de Menéndez Pelayo, una línea de trabajo que había recibido el primer empujón de Gumersindo Laverde y se había prolongado a través de hombres eméritos como Bonilla y San Martín, Marcial Solana y los hermanos Carreras Artau. Era una línea de investigación estrechamente relacionada con el impulso nacionalista que había tomado cuerpo en la sociedad española a raíz de los planteamientos regeneracionistas. Sin duda la forma más visible en que se había reflejado ese nacionalismo era la famosa “Edición Nacional” de las obras de Menéndez Pelayo en el cuso de los años cincuenta del siglo pasado.

Este es el planteamiento que va a hacer crisis en los años setenta, cuando los movimientos sociales anuncian el fin de la era franquista y el advenimiento de la democracia. Mi antiguo profesor, Rafael Calvo Serer, todavía creía que en Menéndez Pelayo se encontraban las claves de todo lo español, pero yo, que le continué en la cátedra, ya intuía que los nuevos tiempos iban a transcurrir por caminos distintos, y así es como me puse a trabajar en la metodología de la Historia de las ideas, base de mi posterior aportación historiográfica.

El hecho es que en 1970 nos hallábamos en el punto cero de una nueva etapa. El “Corpus de la Historia de la Filosofía Española” –el gran ideal historiográfico de Menéndez Pelayo– había quedado detenido en el siglo XVI con la gran aportación de Marcial Solana. El nacionalismo no daba para más; tras el XVI la decadencia española se había manifestado imparable y eso nos había conducido a la gran crisis del 98 en los comienzos del siglo XX y, treinta años después, a la guerra civil y sus catastróficas consecuencias. Se imponían nuevos planteamientos renovadores del pasado; había que empezar una nueva era histórica y nada mejor para ello que hacer uso de la razón crítica. Así surge la “historia crítica” del pensamiento español, que no era sino un ejercicio paralelo de lo que se estaba haciendo en el campo de la economía, de la sociología, de la antropología, de la política,...

España empezó a cambiar, y así nos encontramos con que han pasado treinta años y tenemos hoy una España muy distinta a la que abandonamos en 1975. Hemos pasado de ser un país agrario y rural a convertirnos en una sociedad urbana e industrial, hemos dejado atrás una tradición secular de población emigrante a otra de inmigración creciente; hemos reconvertido nuestra actitud de introversión y aislamiento para dar lugar a otra de curiosidad hacía el exterior, propiciando la apertura a la comunicación y a la receptividad; hemos superado tasas de analfabetismo endémico a otras donde éste ha quedado reducido a

porcentajes insignificantes. España ha dado un giro de 180°; hoy somos un país que cuenta en el mundo: participamos en misiones de paz en Afganistán y en el Líbano; contamos en las decisiones globales del G-20; participamos en la Unión Europea al máximo nivel; estamos en el ranking de la vanguardia mundial del deporte: hombres como Rafa Nadal, Fernando Alonso, Pau Gasol, Miguel Induráin, son conocidos en todo el planeta. Este conjunto de fenómenos nos remite a una conclusión: España se ha normalizado; de un país periférico, introvertido, aislado, pasto de la misantropía y de las guerras civiles, hemos pasado a ser un país abierto, participativo, alegre, compartiendo tareas comunes e integrado con nuestra solidaridad en los retos de la civilización contemporánea.

Este es el panorama de nuestro país hoy, y yo me pregunto: ¿en qué medida afecta hoy esta nueva realidad a nuestro pensamiento? Y ¿en qué medida mantiene hoy su vigencia la obra que publiqué hace treinta años? Antes de contestar de modo directo a estas preguntas, me gustaría hacer algunas puntualizaciones. La primera, es que, aunque los dos primeros tomos se publicaron en 1979, es decir, hace treinta años, el resto de la obra, hasta completar los siete tomos, se fue publicando en años posteriores, hasta concluirse en 1992. Eso quiere decir que los cambios producidos durante ese tiempo han sido paralelos a la redacción de la obra, y ésta ha ido viéndose afectada por los mismos. Esto resulta meridianamente obvio en el último tomo, donde el pensamiento español se hace presente con valores de reconocimiento internacional: Amor Ruibal, Santayana, Ortega y Gasset, José Gaos, Ferrater Mora, María Zambrano.... Una prueba más de su vigencia es que en estos momentos se está haciendo una nueva edición muy cuidada por la Editorial Castalia y que la Biblioteca Saavedra Fajardo está procediendo a su digitalización.

En mi obra *Historia crítica del pensamiento español* se da cuenta pormenorizadamente del devenir histórico de nuestro pensamiento a lo largo de los siglos, y eso constituye un valor factual que no se ve –al menos sustancialmente– afectado por el tiempo. Algo distinto puede ser el punto de vista sobre las valoraciones que con el paso del tiempo pueden sufrir alguna alteración. Sobre este punto, me gustaría añadir alguna precisión más.

Entre las conclusiones que se extraen del análisis histórico del pensamiento español resalta la del menosprecio tradicional de los valores económicos y materiales en general. Como consecuencia del valor espiritual que el catolicismo concede a la pobreza, en la España tradicional se generó un desprecio hacía todo lo material en su conjunto; esto produjo lo que podemos llamar una “cultura de la pobreza”, donde se minusvaloró todo lo concerniente al *tener* frente lo concierne al *ser*. Entre el *ser* y el *tener* o el *estar* se produce una dialéctica de minusvaloraciones que priorizan el valor del hombre en su genérica sustantividad mientras se relegan las posesiones terrenales a un segundo plano. Es evidente que éste es el nervio del humanismo español, que le ha dado tanta fama en el mundo, constituyendo el núcleo neurálgico de nuestras aportaciones a la filosofía. Este humanismo es el que le ha mantenido también alejado de otras tradiciones filosóficas caracterizadoras de la modernidad: positivismo, utilitarismo, racionalismo, idealismo, etc.

Estas tradiciones han sido las que han dado cuerpo a la modernidad, y por eso se ha dicho que España ha carecido de modernidad, pero el proceso de normalización que hemos descrito antes desmienta esa afirmación. La España de comienzos del siglo XXI no tiene nada que ver con la que heredamos los niños nacidos en torno a los años de la guerra civil. Aquella excepcionalidad de España –“*Spain is different*”, se decía– no existe hoy: la antigua y atrasada clase media hoy no existe; se han reducido los trabajadores agrícolas y los pequeños propietarios, y hoy tenemos una nueva clase media protagonizada por ejecutivos –llámense *yuppies* o *brokers*– y trabajadores altamente cualificados. La mujer ha adquirido los mismos derechos que los hombres y alcanzan puestos de máximo nivel, el

número de estudiantes universitarios ha aumentado de forma extraordinaria y nos hemos reconvertido en una sociedad de servicios, donde el pluralismo, la tolerancia y las nuevas ideas se han extendido, propiciando una sociedad permisiva frente a los viejos dogmatismos inquisitoriales y consolidando una organización social donde priman los valores de la democracia y el libre ejercicio de la actividad profesional. El cambio cultural es perceptible en todos los niveles: alcanzamos tasas de longevidad inusitadas, bajan de modo alarmante los índices de natalidad y se establecen cambios radicales en el modelo familiar (se disuelve la familia tradicional, aumentan los hogares monoparentales, se legalizan los matrimonios homosexuales, se establecen nuevas formas de procreación— como la inseminación artificial o las madres de alquiler—), etc. El cambio demográfico es impresionante: pierden influencia social las antiguas creencias religiosas, el sistema de valores tradicionales hace crisis, se establecen nuevos modelos de referencia.

¿Cómo afecta esta situación al pensamiento español? Desde luego, no puede haber duda que estamos ante un nuevo reto para el pensamiento, pero tampoco parece haber duda que éste se haya mantenido infecundo. El problema del esclerotizador centralismo político se ha resuelto con una ingeniosa división territorial en Comunidades Autónomas, resucitando la vieja concepción de “las Españas”. El viejo desprecio hacia lo económico se ha revisado en profundidad, enfatizando su valor desde el punto de vista hedonista (satisfacción por la posesión de una segunda residencia, valoración del coche como exponente del triunfo personal, obsesión por el dinero y por el consumo, ostentación por un tren de vida de *alto standing*...). Hay toda una prédica de un nuevo sistema de valores, donde se enfatiza la importancia del éxito social, como se refleja en una serie de exponentes de muy marcada significación: el culto al cuerpo, mediante la asistencia a *gyms, spas, body factories*; prácticas de remodelación de la figura: *lifting*, cirugía facial, etc.; valoración del deporte, que se ha convertido en motivo de orgullo nacional (Nadal, Alonso, Gasol, Contador,...); importancia del cine como industria exportadora de valores propios (Almodóvar, Saura, Penélope Cruz, Javier Bardem, Inmanol Arias...). En este sentido, la “prensa del corazón” se ha convertido en un reflejo muy español de este momento de frivolidad y trivialización...

Pero hablábamos del pensamiento español, y nos estamos alejando peligrosamente del tema, aunque en realidad no tanto. En el pensamiento español podemos encontrar el hilo conductor que no nos aparte en exceso de una conciencia nacional que mantiene valores propios frente a la desmesura de la deshumanización tecnológica.

Es verdad que nos hemos alejado de la filosofía de la negación del éxito social y de la “cultura de la pobreza” que era su caldo de cultivo, pero la conciencia disidente que era el nervio de nuestras minorías intelectuales ha cobrado cuerpo social en una actitud crítica que se mantiene inmutable. El rechazo a ciertos valores tradicionales —religiosos, económicos, patrimoniales— se ha reconvertido en sentimiento de orgullo de lo propio, incorporando valores de la modernización secularmente ignorados, aunque sin caer en la exaltación de una modernización que hoy resulta obsoleta. Estamos en la era de la posmodernidad, y los planteamientos de ésta resultan muy afines a ciertos presupuestos de nuestra tradición filosófica.

El análisis de la situación actual de nuestro pensamiento no resulta nada desdeñable, si lo comparamos con los presupuestos que estaban vigentes hace cincuenta años, cuando yo era estudiante universitario. El viejo escolasticismo entonces omnipresente y exclusivo es hoy anacrónico y ha dado paso a un interés por movimientos filosóficos muy variados: desde la filosofía anglosajona del lenguaje a la Escuela de Frankfurt y el marxismo, pensando por corrientes como el personalismo, el neo—estructuralismo y las múltiples

filosofías de la post-modernidad. En realidad, en el panorama de nuestras Facultades de Filosofía se ha pasado de un interés por corrientes filosóficas determinadas a otro por las grandes temáticas: las lógicas post-modernas, la epistemología, las filosofías del lenguaje, la filosofía de la ciencia, la filosofía de la Historia de la Filosofía, la ética, la estética, etc.

Esta inquietud se ha trasladado también a los estudiantes. En una situación laboral inquietante como la que hoy viven los profesionales de la filosofía, llama la atención la curiosidad de los jóvenes. Un dato interesante y muy esperanzador es la revista *Bajo Palabra*, editada por la Universidad Autónoma de Madrid y dirigida por jóvenes filósofos de dicha Universidad que se agrupan bajo el nombre de una Asociación de Filosofía Bajo Palabra; resulta altamente significativo que la directora de la revista sea una mujer: la estudiante Delia María Manzanero.

Antes hablábamos de un progreso en las relaciones de igualdad entre hombres y mujeres, y esto es de particular aplicación en el campo de la filosofía, dado que, según la opinión tradicional, la mujer no está capacitada para la actividad filosófica. Es cierto, por otro lado, que esa opinión sufrió un cambio drástico a raíz de la obra de María Zambrano y su amplio reconocimiento en el ámbito internacional, en el que la Fundación María Zambrano ha ejercido un papel decisivo. El hecho real es que esa opinión ha pasado a la historia, y hoy tenemos en España un plantel de filósofas que ocupan cátedras en instituciones docentes y en centros de investigación. El plantel de nombres a este respecto resulta abrumador; baste una pequeña muestra con los nombres de Adela Cortina, Amelia Valcárcel, Celia Amorós, Esperanza Guisán, Carmen Revilla, Pilar Palop, Rosa M^a Rodríguez-Magda, Marifé Santiago, Mercedes Gómez-Blesa, Elena Ronzón.

Es, pues, evidente que en este aspecto el proceso de normalización se ha cumplido y que el pensamiento español goza de buena salud. Como conclusión final, podemos establecer que hoy “pensar en español” es posible. Es hora, por tanto, de dejar atrás viejos prejuicios; durante mucho tiempo se ha dicho que la cultura española era rica en grandes poetas, en extraordinarios místicos, en pintores geniales, en excelentes novelistas, pero que no estaba capacitada para la investigación científica o el pensamiento filosófico.

Me parece que hoy esta opinión hay que desterrarla definitivamente. En el campo de la ciencia nuestros dos premios Nobel del siglo XX lo acreditan de modo suficiente: Ramón y Cajal en 1906 y Severo Ochoa en 1959. Pero no menos ocurre en el campo de la filosofía, aunque en éste no tengamos ningún Premio Nobel; sin embargo, la obra de Unamuno, de Ortega y Gasset, de Xavier Zubiri y de los numerosos e interesantes filósofos exiliados tras la guerra civil, pone de manifiesto la capacidad filosófica de españoles e iberoamericanos.

Se ha producido aquí una secular injusticia histórica que en torno a 1970 nos pusimos a corregir unos cuantos recién llegados. Hubo entonces unos primeros congresos de los que se llamaron a sí mismos Jóvenes Filósofos, que constituyó en Salamanca un Seminario bianual de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana, que todavía sigue reuniéndose después de treinta años; unos años después empezó a formarse la Asociación de Hispanismo Filosófico, de espléndidos frutos. Hoy ambos movimientos gozan de buena salud, de la que hay testimonios fehacientes en las *Actas* publicadas del Seminario de Salamanca y en la *Revista de Hispanismo Filosófico*, con sus apariciones anuales y un éxito creciente.

El proceso de la normalización española a que nos hemos referido aquí reiteradamente, es evidente que se ha hecho visible también en los campos de la ciencia y de la filosofía. Hoy nadie puede decir aquella famosa frase de Victor Delbos: para conocer la filosofía se deben poseer todas las lenguas menos el español.

La “civilización española” –para utilizar la expresión que Rafael Altamira hizo famosa– está presente en el mundo y cuenta –y cada vez contará más– en el proceso de cambio que se ha introducido en todo el planeta. Los pueblos que según Américo Castro estuvieron presentes en la constitución de España –cristianos, moros y judíos– van encontrando paulatinamente un lugar en el mundo, muchas veces de forma traumática y despiadada, pero de lo que no puede haber duda es de que los países ibéricos van a tener un protagonismo cada vez mayor en el proceso de “globalización” que se está gestando. España y los países que se generaron en su matriz inicial tienen la palabra, y si tienen la palabra –no puede haber duda– es porque tienen y han tenido pensamiento. Me complace haber ejercido en ese proceso el puesto de un humilde soldado.

Donostia, 11.abril. 2009